

Las olas entumidas
Se calman, y en el éter
Plácido el iris brilla.
Y hacia el felice puerto
La misera barquilla
Dirige, y de su margen
La amada arena pisa.
Que no de otra manera
De la deidad propicia,
Que del mortal amante
Y sin descanso cuida,
Reparte en nuestro suelo
La mano compasiva
El bien y el mal, y entrambos
Benéfico equilibra.
Así que no abatido
El ánimo se rinda,
Ni del dolor se postre,
Medroso, á la porfia.
Consuélese el que llora,
Espere el que suspira;
Que siempre el infortunio
Fué nuncio de la dicha (1).

XIX.

¿No escuchas qué lejano
Ronco murmurio suena,
Y que en cárdena llama
El éter centellea?
¿No miras cómo en nubes
Del sol la blanca esfera,
Y en sombras tenebrosas
En derredor se llena,
Y que en el bosque el austro
Las alas tiende inmensas,
De oscuridad cubriendo
La amedrentada tierra,
Y cómo el árbol sacro
Que en esta orilla ondea,
La sien frondosa inclina
A la borrasca horrenda?
¿Cuál llueve! ¿Cuál sonoro
El raudo trueno rueda,
Y aterrador el eco
Retumba en la florestal
Guárdate, Cloe; mira
Con inflamada diestra
Al dios del rayo asiendo
Las célicas saetas.
¿Ay triste! ¿Quién asilo
Benéfico nos diera,
Contra el fulmíneo cielo
Y la inundada tierra!
Entrémonos, bien mio,
En esta oscura cueva,
Que de la temerosa
Tempestad nos defienda.
Vamos, ¿en qué te tardas?
Entra, mi amor, en ella,
Y acaso olvidaremos
El rayo y la tormenta.

XX.

Crece, modesta rosa,
En las orillas sacras
Del Bétis, ni aun de mano
De tu señor tocada.
Crece, que sacudiendo
Las susurrantes alas,
Volando te corona
En derredor el aura.
Crece, y el día el ostro

(1) Esta composición fué escrita en 3 de Febrero de 1832, para contestar á un soneto que le envió su hijo don Emilio desde la villa de Chinchon, hallándose éste de médico titular de la misma.

De tus corolas abra,
Y al áureo sol enseñe
Tu rubicundo nácar.
Corre, modesta rosa,
Que al seno destinada
Estás por quien tu dueño
Arde en amante llama.
¡Dichosa flor! ¿Qué trono,
Oh flor afortunada,
Por ese trono el triste
Elicio no trocará!
¡Oh, si él la rosa fuera
A Cloe dedicada,
Y entre los lácteos orbes
Que su cendal recata,
Ostentacion haciendo
De su destino ufana,
Besándolos muriera,
Murriendo los besará!

FÁBULAS.

I.

EL CERVATILLO.

«Escúchame, hijo mio;
No así con imprudencia
Corras al monte solo,
Buscando tu ruina entre sus breñas.
»El oso, el lobo, el pardo
Y el tigre mora en ellas;
El tigre, que el más fiero
Es entre todas las montañas fieras;
»El tigre, que tirano
Monstruo de la floresta,
Es terror y verdugo
De la familia desdichada nuestra.
»Por eso tú no dejes
Esta hermosa pradera,
Y en la plácida orilla
De este abundoso río te apacienta.
»No á las feroces manos
Del tigre morir quieras,
Y á tu misera madre
Causa de llanto y de dolor le seas.»
Así á su cervatillo
Le decía una cierva,
Que como madre teme,
Y como madre enamorada y tierna.
«Bien está, madre mia,
Por mí no paseis pena;
Que no es fácil que al tigre
Deje de conocer por esas señas
»Idos, y sin recelo
Podeis dormir la siesta;
Que aquí en el prado quedo
Con el oído atento y siempre alerta.»
Esto dijo el cervato;
Y aunque medrosa ella,
Al bosque se retira,
Y á sus anchuras, por su mal, le deja.
En esto que á sus ojos
Un jabalí se muestra,
Pacífico y tranquilo,
Si bien de catadura horrible y fea.
«¡Ay! Si será éste el tigre?
Que sus ásperas cerdas
(Decía el venadillo),
De la crueldad del ánimo son muestras.
»¡Ay! ¿Qué dientes tan duros
Y torcidos me enseñal
Él es, él es sin duda,
Y mi temprana muerte miro cerca.
»Mas no, que de una encina

A la sombra se acuesta,
Y del caído fruto
De sus fecundas ramas se sustenta.
»Pero ¿qué es lo que miro?
¿Qué alimaña es aquella
Que con callados pasos
Del bosque sale y hacia mí se acerca?
»¿Qué majestad, qué frente
Tan plácida y serena,
Y qué fuego en sus ojos
Tan noble y tan sublime centellea!
»¿Qué cola tan airosa
Con que barre la tierra!
¿Y qué pintadas fajas
Del lomo al vientre en círculos alternan!
»No, no es éste, no es éste;
Segun me dió las señas
Mi madre, no es el tigre,
Ni á ser el tigre, tan hermoso fuera.»
No bien lo dijo, cuando
Con rápida carrera
El tigre le acomete
Y entre sus uñas le arrebató fieras.
«¡Ay! decía llorando
El cervatillo en ellas,
Que di crédito al rostro,
Y necio me fié de la apariencia.»

II.

LAS RANAS Y LAS CAÑAS.

En un profundo estanque,
Cercado de espadañas,
De alisos y de cañas,
De la nación ranesca
La inmensa muchedumbre
Su morada tenía;
Pero lo que sentía
Con mucha pesadumbre,
Era que aquellas cañas
Altas y numerosas
La tienen prisionera,
De su dicha envidiosas,
Ocultando á sus ojos
La esmaltada pradera
De blancas florecillas,
Cercana á sus orillas.
Esto al acuátil pueblo
Es lo que más aflige,
Y al cielo se dirige,
Para que en fin, clemente,
Les quite aquel odioso
Obstáculo de enfrente.
No sé bien si piadoso
O si cruel con ellas,
El cielo oyó sus tristes
Y continuas querellas.
Lo que es cierto es que un día
El amo á sus criados
Les manda que al momento
Los alisos copados
Y las umbrosas cañas
Abatiesen á tierra,
Porque dejar quería
Del anchuroso estanque
Libre la margen fria.
Cuál sería el contento
De las cenosas ranas,
Pintelo quien pudiere
Y más poeta fuere;
Sólo referir puedo
Que noches y mañanas,
Sin prevision ni miedo,
Cantando á sol y á luna
Bendicen su fortuna.
Pero al eco atraídos
Pájaros carniceros,
Que las ven sin defensa,
Garras y pico fieros
Esgrimen en su ofensa;

Y cada cual llorando
Al espirar decía:
«¡Ay! ¿Cuánto mejor era
Que la muerte que sufro,
La perdida y amada
Dulce oscuridad mia!»
Por eso dijo el sabio
Con elocuente acento:
«Ocúltate del mundo
En olvido profundo,
Y vivirás contento.»

III.

LA SENTENCIA DEL LEON.

Un leon africano
Recorria las tierras
De su dominio, al lado
De un buey y una pantera.
Un día que, abrasados
Del sol y las arenas,
En la sombría estancia
Entran de una floresta,
Paciendo descuidado
Con un corcillo encuentran,
Que aunque quiso, no pudo
Escapar de sus presas.
Con su robusta mano
Le ase el leon, y en tierra
Le abate, y encendido
En cólera le afrenta.
«¿Cómo traidor, le dice,
Cómo en mis bosques entras
A pacer sus frondosas
Ramas sin mi licencia?
Pues muere, y de tu crimen
Sufre, traidor, la pena,
Y con tu muerte á otros
Osados escarmienta.»
A ejecutar principia
El leon la sentencia,
Y entre dientes decía
La desdichada bestia:
«Tirano, quiera el cielo
Que como muero mueras,
Y otro tirano encuentres
Que imite tu inclemencia.
— Parece que murmuras
Y que de mí te quejas,
Le dice al triste corzo
La coronada fiera.
— No es, señor, que se queje,
Ocurre el buey apriesa,
Sino que se somete
A su fatal estrella;
Y aunque está de la muerte
Entre tus manos cerca,
Tu justicia bendice
Y su culpa confiesa.
— No es eso, dice entonces
Al leon la pantera,
Antes implora al cielo,
Gran señor, en tu ofensa;
Y añadiendo el infame
Al crimen la insolencia,
Te maldice y te llama
Tirano á boca llena.»
Al oír esto, un rato
Mudo el leon se queda,
Y meditando á solas
Una y otra respuesta,
Generoso le tiende
Al corcillo la diestra,
Y, «libre estás, le dice,
Confía en mi clemencia;
Anda, y deja el recelo
Y corre mis florestas,
Y de su verde grama
Sin miedo te apacienta.
Ahora no examinó,

En la actual contienda,
Quién de los dos me miente,
Si el buey ó la pantera;
Pero ésta solicito
Que de mi boca sepa
Que siempre en circunstancias
Parecidas á éstas,
En que de un infelice
La vida se interesa,
La verdad es horrible
Y la mentira es bella.»

IV.

EL LOBO Y EL BURRO.

En una cierta ocasion
Una disputa tuvieron
Dos lobos, aunque tambien
Habia un burro por medio.
Despues de várias palabras
Y diversos argumentos,
Cesó en ellos la disputa,
Pero no su sentimiento.
En fin, de argüir cansados,
El lobo de más denuedo
Se marchó, dejando al burro
Con su contrario indefenso.
Muy bien éste quiso huir
De tan inminente riesgo,
Pero no bien quedó á solas,
Cuando se encontró ya preso.
«Vén acá, el lobo le dice,
Vén, sentenciador de pleitos,
Y repítame aquí á solas
Lo que has dicho no há un momento.
Pero ¿para qué me canso,
Si mi agravio es manifiesto?
Morirás en el instante,
Y te excusarás de muermo.
— Pues decid, ¿en qué he ofendido
Yo, señor, vuestro respeto?»,
Le dijo el borrico al lobo
Con lágrimas y lamentos;
Y añadió: «Y si ofendido
Estais, ¿por qué aquesos fieros
Dientes no los disponeis
Contra vuestro compañero?
¿No veis que vuestro gran nombre
Oscurécierais tifiendo
Vuestras valerosas garras
En la sangre de un jumento?
— ¡Yo desafiá al otro
(Replica el lobo muy serio),
Que puede tanto ó aún más
Que yo! ¡No fuera mal necio,
Teniéndote á ti, que sólo
Es el rebuzno tu esfuerzo,
Y que ni aún tienes colmillos
Con que responder! ¡Qué bueno!
No, morirás, queridito,
Pues que no hay impedimento,
Y ten sabido que nunca
Con iguales tengo duelos.
— ¿Con que, solo con el fiaco
Te encuentras tan fuerte y fiero?
¡Miseros hombres, si acaso
Estais de ese modo mesmo!
— Pues ¿cómo creias que estaban?»,
Dice el lobo, aunque sangriento
Despedazándole: sabe
Que aquesto mismo hacen ellos.

V.

EL ZORRO PREDICADOR (1).

.....
O ya los maduros frutos,

(1) No se ha encontrado el principio de esta fábula en los manuscritos del autor. (Nota del Colector.)

La leche y el requeson;
¡Qué! ¿Para saciar el hambre,
Causa fatal de este error,
Hemos de quitar la vida
A un inocente pichon,
Que puede ser con el tiempo
Un palomo cazador,
O á un pollo, que andando dias
Sea en su aldea cantor?
Ademas, que es muy posible
(Escuchad con atencion,
Oyentes míos, que es punto
De gran consideracion),
Repito que es fácil cosa
Que ya el lobo ó ya el leon,
U otro animal carnicero
De éstos que hay sin religion,
Mate al carnero y le coma,
Y que este á quien él comió
Sea su infelice padre,
Su padre mismo, ¡qué horror!
Porque es cosa bien sabida
Que al salir de su prision,
Un alma busca al instante
En otro cuerpo mansion.
Y así es claro que el que come
Un cordero ó un lechon,
Se puede comer en ellos
Su quinta generacion;
Y que yo, que soy un zorro,
Si me comiese en arroz,
O sin él, á una gallina,
Fuera maldito de Dios,
Pues en ella me pudiera
Comer sin más remision,
O á mi madre la raposa,
O á mi padre ó mi tutor.
Con que, así, hasta de muertes,
Y pidamos con dolor
Y arrepentidos al cielo
De las pasadas perdon.—
Esto decia, bajando
Del pulpito, el orador,
Y lágrimas derramando
Y mocos de contricion.
En esto que se le acerca
Al padre predicador
Una gallina, y le llama
A lo oscuro en un rincon;
Que queria consultarle,
Porque era su confesor,
En un negocio del alma
Y que tocaba al honor.
Pero el padrecito á solas,
Asiendo de la ocasion,
Le echa la garra y en cuatro
Bocados se la zampó.

VI.

EL AMERICANO Y LA BALLENA.

Del mar americano una ballena
Sobre las ondas rápidas corria,
Y cuando al aire su bramido atruena
E inmenso espacio en derredor cubria,
Su majestad ufana considera,
Y dice para sí de esta manera:
«¡Qué magnitud la mia! El mar undoso
Somete á mí sus alteradas olas,
El ciudadano acuático, medroso,
Se esconde al són de mis bifurcas colas,
Y el torpe arenque y calamar astuto
A mi voracidad paga tributo.
»Del líquido elemento en la ancha espalda
Sin competencia mi furor domina,
Y dentro en su palacio de esmeralda
De mí se asusta la deidad marina;
Y aún el hombre, á pesar de su denuedo,
No osa mirar mi majestad sin miedo.»
De este modo decia, y su paseo

Continúa la bestia monstruosa,
En esto, que en frenético deseo
Ardiendo y en amor, por la arenosa
Orilla un armador americano
Sigue á su amada, aunque la sigue en vano;
Que con desden y con desaires ella
A su amoroso ardor sólo responde;
Y cuando el triste al cielo se querella,
Ella con risa al llanto corresponde;
Que no hay fiera al dolor más despiadada
Que la que sin amar se juzga amada.
«¡Por qué, criuel (el misero la dice),
Insensible te muestras á mi duelo?
¿Qué quieres tú? ¿que para ser felice
Acometa mi amor en tierra y cielo?
Dilo, que aunque me pidas imposibles,
Todos á mi pasion serán posibles.
»Si es cierto lo que ofreces (le replica
La americana desdeñosa y fiera),
A esa, que al respirar del sol salpica
Con su rocío la inflamada esfera,
Ballena de este mar, mácala, y fio
Que se trueque en amor el ceño mio.
»Si tienes la osadia de rendilla
En medio de esas ondas, y postrada
La arrastras á mis piés hácia esta orilla,
Mi dueño entónces te proclamo, y nada
Le rehusa á tu amor, que de mi pecho
Serás señor, y de mi mano y lecho.»
Piensa el amante, y entre sí medita
Antes de prometer; y, «mucho, dijo,
De mí tu amor, tirana, solicita;
Pero pues él, en mi memoria fijo,
Con perecer ó merecerte cuenta,
Mira cómo á mi amor nada amedrenta.»
No bien pronuncia esta palabra, asiendo
La maza y dos taponos de madera,
A nado se encamina, el mar abriendo,
A la ballena temerosa y fiera;
Y á ella sin miedo ni terror se arrima,
Y cuando es ocasion le salta encima.
La bestia colossal brama iracunda
Cuando el Belerofon americano
Sobre sí siente, y corre la profunda
Inmensidad del unduloso llano;
Mas él su cuello con la mano aferra,
Y sus narices anchurosas cierra.
En entrambos á dos respiraderos
Con la maza un tapon á golpes mete,
Que repetidos á compas y fieros,
Mandan al monstruo á la mansion del Lete;
Pues en su seno el aire detenido,
Sin poder respirar muere rendido.
Hácia la orilla el vencedor ufano
Impele muerta la ganada presa;
Cúmplele la doncella con su mano,
De su ánimo prendada, la promesa,
Que no pensó jamas que cumpliria,
Ni que cupiese en él tanta osadia.
Pero ¿qué cosa á la pasion resiste?
O ¿quién es poderoso á reprimillas?
Nadie, sin duda; y nuestro bien consiste
En moderarlas sí, no en destruirlas;
Que sin ellas el hombre, á ser posible,
Fuera un madero inútil é insensible.

VII.

LA ZORRA.

Ni una gallina sola
Se veia en cierta aldea,
Desde que allí una zorra
Fijó su domicilio y residencia,
Ni las trampas y perros,
Ni los mozos que alerta
Estaban por pillarla,
Consiguieron dejase tal vivienda.
Mas por fin el demonio,
Que es el que todo enreda,
Hizo que la bribona
En una trampa á su pesar cayera.

Allí fueron los llantos,
Sollozos y promesas:
Tanto, que ablandó hasta
Aquellas mismas que matar intenta.
«¡Ay infeliz! decia,
Ya la muerte se acerca;
Mas no temo la muerte,
Que sólo mis delitos me atormentan.
»Una voz de venganza
Cruelmente me rodea,
Y sin cesar me grita:
Recibe el premio que mereces, fiera.
»¡Ay, si de aquesta trampa
Por acaso saliera,
Cuán distinta sería,
Y en proceder y en todo cuán diversa!»
Una gallina oia
Las amargas querellas,
Y acércase á la zorra,
Apiadada con ver su llanto y pena.
Y, «querida, le dice,
¿Es posible que seas
De nuestra infeliz raza
Enemiga tan bárbara y sangrienta?
»Dime, ¿qué es lo que hacemos
Nosotras, que, sin guerra
Ni enemistad con nadie,
Sólo estamos del bien de otro contentas?
»Mas, con todo, si ofreces
(Porque mi bondad veas)
Ser desde hoy nuestra amiga,
Te pondré en libertad así que quieras.
»— ¡Ay! te lo juro; pronto
Hazme tan gran fineza,
Y obtendrás al instante
El premio digno á tan bizarras prendas.»
Entónces la gallina
Corre por darla suelta,
Mas aún no estaba libre,
Cuando se vió despedazada y muerta.
En fin, no quedó pavo
O pollo que no muera
En las cruentas garras
De la bárbara zorra sin clemencia;
Aprendiendo, aunque tarde,
Cuánto nos interesa
No fiarse del llanto
De aquel que cual la zorra impío sea.

VIII.

LOS DOS GALLOS.

Eran dos gallos poderosos, fieros,
Y como poderosos quimeristas,
De quien treinta conquistas
Y cien combates siempre afortunados
La fama referia.
Pues fué el caso que un dia,
Por una bicoquilla, una friolera,
De rencor y de cólera inflamados,
Se llaman á la lid. Arde en sus frentes
La nacarada cresta
Y las rojas papadas, que pendientes
Les bajan sobre el cuello. La floresta
Inmediata repite
Su canto belicoso;
Y sin que de más trompa necesite
Su iracundo furor, se embisten fieros,
Y de sus piés los cándidos aceros
Tiñen de sangre, y la asustada tierra
De sudor y coléricas espumas
En torno cubren y de rotas plumas.
Prolija fué y dudosa la batalla;
En fin, ambos cansados
Y alentando con pena,
Se rindieron, postrados
De su combate, en la manchada arena.
Un perro que tendido
A la sombra de un álamo frondoso
A la lid asistia,
De su necio furor compadecido,

« Amigos, dice á entrambos, á fe mia
Que teneis el cerebro
A componer; ¡por una friolerilla
Armar una rencilla,
Y abiertas de los dos frentes y cuellos,
Morir sin ser llorados!
¡Y luego nos reimos de los hombres!
Pues ¿qué más necedad harian ellos?

IX.

EL LABRADOR Y EL LETRADO.

Un astuto labrador,
Dicen que de Andalucía,
Porque es tierra en que se cria
Más que en las otras la flor
Del fraude y la picardía,
En casa de su letrado
Entra con rostro afligido;
Toma un asiento á su lado,
Y principia comedido
El discurso preparado.
« En los pastos de mi aldea
Teneis, señor, un rebaño,
Le dice, de buen tamaño,
Que á la orilla se recrea
Del Guadalete este año.
Pues cabe este propio rio
Para mi labor se cria
El pobre rebaño mio,
En quien la esperanza mia
De mi sustento confio.
Pero es el caso que un toro
De los mios, el más fiero,
A quien para padre quiero,
Porque es rojo como un oro,
A escondidas del vaquero
Se salió de mi manada,
Y en la vuestra se metió,
Y de una críel cornada
¡Ay! una vaca os mató
De poca edad y preñada.
Por esto, de mi conciencia
Sin descanso remordido,
Que me señaleis os pido,
Con caridad y prudencia
En el caso sucedido,
Lo que por ley me compete,
Sin formacion de proceso
Que al uno y al otro inquiete,
Restitueros por eso,
Sean ocho ó cuatro ó siete.
— Está bien, dijo el curial;
Se conoce que, aunque llano,
Tienes alma, eres cristiano,
Y temes, como mortal,
Al comun Juez soberano.
Pues bien, por la vaca muerta
Y el no nacido ternero,
Pues que su pérdida es cierta,
Otra vaca es lo que quiero,
Pero ni manca ni tuerta,
Ni flaca, ni mal cornada,
Ni abigarrada, ni pia,
Ni estéril, por Dios, y fria,
Sino fecunda y preñada,
Como la difunta mia;
Otro toro, y en dinero
Cien ducados; de este modo
Doy á entender que te quiero,
Y queda compuesto todo
Sin ministril ni portero.
— Me parece bien, le dijo
El taimado labrador;
Pero de lo que me afijo
Es de que el caso, señor,
Aunque no hay duda que es fijo,
Es al contrario; que el toro
Que mató de una cornada
A la misera preñada,

Y era rojo como un oro,
Fué el toro de su vacada;
Y la vaca que pacia
Descuidada y murió della,
Como os referí, era mia;
De esto nace mi querella
Y el llanto de mi Lucía.
— De modo..... dijo el letrado,
Que la cosa..... sí, la cosa
De ese modo es contenciosa,
Y..... pero estoy ocupado;
Yo consultaré á Salgado,
La ley del reino y Olea
Sobre el suceso presente,
Y me informaré en tu aldea;
Porque, en fin, todo hombre miente,
Y no es justo que te crea.
Puedes acudir á estrados,
Que buenos jueces tenemos,
Y el litigio comencemos;
Que entre copias y traslados.....
En fin, verémos, verémos.
— ¡Hola! ¡Con que, cuando era
Mio el toro matador
Me proponiais que os diera
Dinero y toro, señor,
Y otra vaca paridera!
Y ahora, que la perdida
Vaca es mia, ¿os resistis
A pagármela, y decis
Que á la ley de la Partida
Para apurarme acudis?
¡Y es ésta, señor, la ciencia
De que os mostrais tan pagado,
Porque aturdis á la Audiencia?
¿Cómo ha de ser buen letrado
El que no tiene conciencia?»

X.

LA OLLA Y LOS CARBONES.

Estábase una olla
Sobre ciertos carbones encendidos,
Llena de agua caliente,
Mas era tan vehemente
El furor de la llama
(Segun dicen autores muy leídos
Y dignos de memoria,
Que tratan de esta historia),
Que la olla, no gustosa, gime y clama
Que no la abrasen tanto,
Y pidiendo primero mil perdones,
Dice de esta manera:
« Señores los carbones,
Escuchad mi demanda lastimera,
Si no quereis que muera,
Segun es vuestro fuego
De furioso y activo;
Mirad que ya mi daño es excesivo;
Que no me queméis ruego,
Pues puede á mi ruina
Ser la vuestra vecina.»
Así dijo la pobre, pero en vano
Clamaba lastimosa;
Que ¿quién podrá ablandar ningun tirano
Qual es el fuego insano?
Este, pues, ni descansa ni reposa
En aumentar su ardor, y tanto hizo,
Que al fin se satisfizo,
Y la olla malhadada fué rompida;
Mas el agua, vertida
Sobre la lumbre fuerte,
Ocasiónó su muerte
Y apagó los carbones en venganza.
Así..... mas, pluma, quedo;
Que no es tan grande la ventura mia,
Que puedas explicar la alegría
Sin pavor y sin miedo;
Y puesto que tú y yo con harta pena
Vivimos en cadena,

Para un otro lo dejo;
Que no estoy yo tan mal con mi pellejo.

XI.

EL ASNO, EL BUEY Y EL CABALLO.

En amor y compañía,
En un florido prado,
Un fuerte buey pacia,
Un burro y un caballo.
De una en otra palabra,
A examinar pasaron
Quién de los tres tenia
Más derecho al aplauso;
O quién la preferencia
Merecia en tal caso,
Equitativamente
Sus méritos pesando.
Si por su ardor el potro,
Si el buey por sus trabajos,
O por su no dudosa
Utilidad el asno.
No disputemos; sean
(Dijo en esto el caballo)
Los hombres nuestros jueces,
Que están más á la mano.
Estos tres que aquí vienen
Podrán muy bien juzgarnos;
Que yo á lo que ellos digan
Al momento me allano.
Está muy bien, responden,
No hay más sino llamarlos;
Que todos serán justos,
Puesto que son cristianos.
Sin más tardar los llaman,
Les refieren el caso,
Y quedan la sentencia
De su parte esperando.
« ¿Qué hay que dudar en eso?
El asunto está claro,
Dijo, hablando el primero,
Un chalan de caballos.
»El potro es quien merece
De la contienda el lauro;
Y el que lo niegue, salga
Y lo verá en el campo.
»— Poco á poco, compadre,
No hay que alterarse, paso,
Replica un molinero,
Del asno apasionado;
»Que donde está el jumento
Nadie levanta el gallo,
Ni hay animal más útil
En todo lo criado.»
Un labrador repone:
« Oh señores, no tanto,
Ni defraudar es justo
Al buey de sus aplausos.
»El sólo es quien merece
Preferencias y lauros,
Pues en él la riqueza
Se funda de mis campos.
»— ¡Hola! ¡hola! les dice
Colérico el caballo:
»Con que, de la sentencia
De todos tres sacamos
Que el interes es sólo
Quien os dicta esos fallos,
Y que á él sólo presente
Teneis al pronunciarlos?
— »Pues, tonto (le responde
El labrador burlando),
¿Cuándo no fué lo mismo
Acá entre los humanos?»

XII.

EL AMOR DE LA CASADA.

Al lado del lecho
Del triste marido,

Con quejas llorosas,
Con tiernos suspiros,
La bella Clarina
Acusa de impio
A su no cansado
Bárbaro destino.
¡Oh muerte! decia,
Si acaso en tu oido
El eco resuena
Del tormento mio,
Vén, y de mis dias
Tristes y afligidos
La carrera corta
Con airado filo.
Vén, pues, vén aprisa;
Que muerto el bien mio,
La luz me es tormento,
La vida martirio.
La muerte, que oculta
En un rinconcillo
La escucha, se muestra
Al momento mismo,
Y « ¿quién es, la dice,
Quien me llama á gritos?
¿Quién es? Ea, pronto,
Que estoy de camino.
— No era yo, señora,
Clorina la dijo;
Que es aquel enfermo
Que está allí tendido.»

XIV.

LOS DOS LEONES.

En un desierto africano,
Donde el sol la arena abrasa,
Desde la celeste casa
Del olímpico tirano,
Un fiero leon montano,
Afligido
De la sed, por el oido
De una sonora fuente,
Al rumor de la corriente
Corre al margen atraido.
Otro leon, el ruido
Escuchando,
Y sus ondas codiciando,
Se acerca tambien á ella,
Y aplacar pretende en ella
La sed que le está abrasando.
No bien se miraron, cuando
Cada cual
Intenta de su raudal
Ser absoluto señor,
Transformándose en furor
Su sed, y en odio mortal;
Que aunque pudieran sin mal
Ni rencilla
La sed que los amancilla
Entrambos satisfacer,
Ninguno quiere ceder
La posesion de su orilla.
La cólera al rostro brilla
De ambos ellos,
Con sus ardientes resuellos
Arde el aire en derredor,
Y la crin, con el furor,
Se les eriza en los cuellos.
Tiemblan de terror al vellos
Otras fieras,
Que por llanos y laderas,
De su furia amedrentadas,
A sus lóbregas moradas
Se encaminan á carreras.
Rugen, y las uñas fieras
Desnudando,
Y los dientes rechinando,
El uno al otro acomete,
Y cada cual se promete
Triunfar ó morir matando.

Fuése la lid dilatando
De mil suertes;
Que aunque para muchas muertes
Bastan sus dientes desnudos,
Si entrambos á dos son crudos,
Entrambos á dos son fuertes.
No será fácil que aciertes
Quién la ira
Que en su ardiente pecho inspira,
Deja el primero cansado;
Que, en sangre y sudor bañado,
Uno de otro se retira.
Con dificultad respira
Cada cual,
Y en el tostado arenal
Desangrados y tendidos,
Se acercan desfallecidos
Hacia la fuente fatal.
Pero su escaso raudal,
¡Oh dolor!
Mientras ellos con furor
Combaten por causa del,
Se seca, y no queda en él
Agua en que aplaquen su ardor.
Así de sed y rencor
Ambos mueren.
Estos versos se refieren
A los hombres ambiciosos,
Que del cetro codiciosos,
Reinar en el mundo quieren;
Que á los otros se prefieren,
Y que al mando
Sin descansar aspirando
Que para su mal reciben,
Siempre deseando viven
Y fallecen deseando.

XV.

EL MOCHUELO Y LA PALOMA.

Un maldito mochuelo,
Lleno de achaques y de edad abuelo,
En su estancia sombría
Su infortunio, llorando, maldecía.
¡Ay desdichado y triste!
Que nadie, nadie en mi dolor me asiste,
Y en este oscuro hueco
Solo me afijo y me responde el eco.
Una blanca paloma,
Al oír esto, por el aire asoma,
Y al misero mochuelo
Procura cariñosa dar consuelo.
«¿Qué es esto, camarada,
Que así teneis el alma atormentada?
La paloma le dice.
¿Es posible que sois tan infelice,
»Que no teneis esposa
Que os asista piadosa,
Ni hijos tampoco, ni tampoco nietos,
Pacíficos ó inquietos,
»Que con juegos ó burlas, como suelen,
Esa continua soledad consuelen?
Decidme, ¿nunca oísteis
Sonar de padre el nombre en el oído?
»Ni de jóvenes quisísteis
En los nudos de amor estar unido?
—¿Y á qué? dijo el mochuelo.
»Para estar siempre lleno de recelo
»Con alguna mochuela,
Aficionada á broma y castañuela,
Que á su celoso y misero marido
Trajese al retortero,
Y á quien, al mes de estar con ella unido,
Transformase de pájaro en carnero?
»O que me hiciese padre
De algun truhan y picaro mochuelo,
Que, á imitación de su traidora madre,
Siempre rogase por mi muerte al cielo?
»Pues parientes, señora,
Nunca los conocí, ni conocellos

Quiero tampoco ahora;
Que todos (y no hay duda), todos ellos
Son malos y traidores,
Fáciles de irritar, murmuradores,
Discolos, displicentes
Y al ajeno dolor indiferentes.
Por esta causa, pues, ni en su amor creo,
Ni tenellos deseo.

—»Pero tendréis amigos (la sensible
Palomilla le dijo),
Que del afán que padeceis prolijo
El peso os aminoren,
Y con amor á vuestro llanto lloren;
Que en ellos nuestro bien está fundado
Y la familia son del desdichado.
—»¡Amigos! ¡Qué locura!
No es á ese parecer conforme el mío;
Ménos en la amistad que en la ternura
Y en el amor de los parientes fio.
—»Con que, en fin, ¿ello es que en este mundo
A nadie habeis amado?
—Cierto, y profeso el odio más profundo
A todo lo criado.
—Pues ¿qué extrañais, señor, de esa manera,
Que si á nadie quereis, que nadie os quiera?

XVI.

MERCURIO Y LAS CUATRO SOMBRAS (1).

Cumpliendo su cargo el alado Mercurio,
Por sendas cubiertas de noche sombría
Cuatro sombras muertas el dios conducía
Al seno infernal con doliente murmurio.
Una hermosa dama, que en años floridos
De mísera muerte fué triste trofeo;
Un poeta ilustre, que en lauro febeo
Los doctos cabellos áun muestra ceñidos.
Era de familias un padre el tercero,
El cuarto un soldado, caudillo animoso,
Con triunfos sin cuento en el mundo famoso,
Y merecedor de la lira de Homero.
«¡Ay triste! la dama llorando decía;
Mi amante sin mí morirá de dolor,
Que sólo en la tierra, difunto su amor,
Me llama, y maldice las luces del día.
»¡Ay Dios! ¡Con qué ardor anudando mi cuello,
Morir me ofrecía, y besando mi mano,
Si del duro cielo el decreto tirano
Un lazo rompiese tan dulce y tan bello!
—»Por mí, dijo el padre, mis hijos sin duda,
Y al lado con ellos mi buena mujer,
Se afigen y lloran á más no poder,
Sintiendo mi muerte desdichada y cruda.
»¡Cuán grande será su pesar y su llanto!
Dios solo, que puede, consuelo les dé;
Que de otra manera, lo creo de fe,
Bajarán conmigo á llorar su quebranto.
—»Y ¿quién eres tú, ni qué importa tu muerte?
El héroe soldado á la sombra le dijo.
Yo soy quien con mucha más causa me afijo
Y siento el rigor de mi contraria suerte;
»Que en este momento celebran mi fama
Los pueblos rendidos á mi inclito acero,
Desde las orillas del fecundo Ibero
A las en que el sol cuando nace se inflama.
»¿Quién era más digno de ser en el mundo,
Como lo es mi gloria, en él, inmortal?
—Yo, dijo el poeta; que en cuerpo mortal
Alumno fui sacro del dios rubicundo.
»Ni frente serena, ni rico tesoro,
Ni en sangre enemiga manchados trofeos,
No son más que sombra, fugaces deseos,
Si no les da fama el plectro canoro.
»Conmigo fué sólo la muerte importuna,
Que dejo en la tierra de mi eterna fama,
Y en este momento su númen me aclama,
Y erige á mi nombre estatua ó columna.

(1) Esta y otras fábulas son traducidas ó imitadas. (Nota del Colector.)

—Mucho siento, dijo Mercurio burlando,
Que nada de cuanto imagináis sea;
Tu amante, señora, con otra más fea
Está, porque es rica, sus bodas tratando.
»Tú, que á tu consorte la juzgas plañendo,
Está consolada buscando marido;
Tus hijos contando el oro escondido;
Que les dejas poco, y no más, sintiendo.
»En fin, porque esteis de la cosa instruidos,
Caudillo y poeta, que hablabais de gloria,
Sabed que la tierra os tiene en memoria
Como si no fuérais en ella nacidos.»

XVII.

EL SOFÍ Y LA MATRONA.

A cierto rey persiano,
Conquistador de oficio,
Aunque sin otro indicio
De cruel ó tirano,
A la que se ceñía
Patrimonial corona,
Añadia Belona
Coronas cada día.
Cien caudalosos rios
Bajo su regio mando
Corrian, fecundando
Sus anchos señoríos.
Pero, bien que ambicioso,
A sus pueblos oía,
Y el memorial leía
Del pobre quereloso.
En esto confiada
Una madre ofendida,
A sus piés dolorida
Y en lágrimas bañada,
Se le arroja clamando:
Y, «una madre infelice
Tienes en mí, le dice,
Tu piedad implorando.
»Desde el confin lejano
De tus estados llevo;
Oye, señor, mi ruego
Y castiga á un tirano.
»Un bárbaro soldado
A mi Catun amada,
En mi triste morada,
El honor ha robado;
»Siendo cruel de suerte,
Que para más mancilla,
Dió fuego á mi chocilla,
Y á mis pastores muerte.
»Por esto hasta tu trono
Vengo desesperada;
Tú, excelso rey, te apiada
De mi triste abandono.
—»Pobre mujer, lo siento,
El buen sofí le dijo;
Y como soy me afijo
De escuchar tu lamento.
»A fe mia quisiera
Dar á tu mal remedio,
Y si encontrara medio,
Al punto se lo diera;
»Pero á tanta distancia
Del centro de mi estado,
¿Qué puede mi cuidado,
Ni qué mi vigilancia?
»El sol, que ilustra el cielo
En diferentes modos,
Ni siempre da, ni á todos,
Con sus luces consuelo.
»Para unos rubicundo
Y sin cesar refleja,
Interin á otros deja
En tenebror profundo.
»Por tanto, la insolencia
Del soldado asesino
Remítela al destino
Y súfrela en paciencia;

XVIII.

LOS ANIMALES CONTENTOS.

Sentado en trono de luciente nube,
Júpiter dijo un día:
«Que cuanto en esta inmensa monarquía
Que el hombre llama tierra,
Bajo la forma de animal se encierra,
Se presente á mis ojos;
Y si hay alguno á quien de su figura
La forma cause enojos,
Y de ella esté, por su suerte, descontento,
Digalo, en fin, y quedará contento.
Hable la mona y hábleme sin miedo,
Y, si quiere, me informe
De qué otro modo mi bondad la forme.
— Señor, ¿yo de otro modo?
Pues ¿no es perfecto todo
Cuanto se encuentra en mí? ¿Boca, narices,
Del rostro los matices,
Soltura, agilidad, ojos y frente,
Pasos y continente?
¡Ay! no señor; contenta en mi destino,
Tengo mi cuenta echada,
Y no hallo en mí qué reformar en nada;
Ahora, en cuanto al cochino,
Sí, le noto de obeso,
Y hay bien que reformar.— Quedo con eso
Digo, señora mona,
Y cada cual se mire á su persona,
Que yo contento estoy con esta mia,
Y no la trocaría
Por la de un arcediano, aunque me dicra
De marranillos mil una cochera;
Que aquí donde me veis, soy muy donoco,
Y vamos, que no creo
Que sea ningun oso.
— ¿Cómo, cómo, insolente?
Animal sucio y más que todos feo,
¿Tú compararte á mí? Si estás demente,
Busca, busca un moderno Padalirio
Que cure tu delirio.
Pues ¿qué miras en mí que no te asombre?
Que á imitación del hombre
Bailo el minué, y á números ajusto
Las formas elegantes
De este edificio elástico y robusto.
No como los obesos elefantes,
Mole informe de miembros,
Sin flexibilidad.— Hola, querido,
No seas descomedido,
Y no injureis á quien el sabio Nilo
Con religioso estilo
Incienso ofrece, adoracion y culto;
Que sabré castigar tamaño insulto.
Preguntad en Siam, ó donde al día
Cede la noche umbria
Del Gangético mar el señorío,
Quién soy yo, que confío
Que quedaréis corrido y satisfecho.
Miradme qué bien hecho,
¿Qué majestad, qué gracia, qué contornos!
No como la ballena,
De fofas carnes y corcovas llena,
Monstruo del mar, indómito coloso
Del reino borrascoso,
A quien pudiera Jove.... — ¿Quién me nombra?